

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Dos hijos

Lea esta parábola en Lucas 15:11-32

“Un hombre tenía dos hijos”. Era un hogar unido, la infancia y la juventud de los hijos habían transcurrido cómodamente, los criados tenían pan en abundancia, muchos amigos rodeaban a la familia.

Los años pasaron; en el relato vemos al padre solo en la casa. El hijo mayor estaba trabajando en el campo; empleaba toda su energía en su trabajo; llevaba una vida correcta y cuando volvía del campo, su padre compartía con él todo lo que tenía (v. 31).

El hijo menor se había ido a un país lejano hacía mucho tiempo; salió de la casa paterna bien provisto, pero rápidamente derrochó todo su dinero.

Esta familia, ¿volvería a reunirse nuevamente? Aunque el hijo menor regresara arrepentido, sin duda debía ser disciplinado severamente antes de que pudiera volver a tomar su lugar en la mesa familiar (v. 19). Para el hijo mayor la puerta estaba abierta, pero, ¿querría sentarse al lado de su hermano, quien se había portado tan mal?

Al final de la parábola, en medio de la alegría del banquete, el hijo perdido vuelve a tomar su lugar en la mesa del padre, junto con los suyos. Para celebrar este regreso, el padre echó la casa por la ventana; juntos comieron el becerro gordo que el padre hizo matar para esta ocasión.

Pero el hijo mayor se molestó; se mantuvo apartado en vez de compartir la alegría de una familia restaurada después del regreso del hijo que se había alejado tanto tiempo.

¿Por qué uno está dentro y otro afuera?

- El hijo mayor declaró: No te he “desobedecido jamás”. Se había esforzado en obedecer a su padre en todo, había cumplido diligentemente sus deberes de hijo, pero sentarse al lado de su indigno hermano, ¡eso nunca!
- Al regresar, el hijo menor había dicho: “Padre, he pecado... no soy digno de ser llamado tu hijo”. Y el padre, quien había corrido a su encuentro, se había echado sobre su cuello y lo había besado, hizo todo lo necesario para que se le diera el mejor vestido, se calzara y se preparase para ser digno de entrar en la casa paterna y tomar su lugar en la mesa familiar.

G. André

¿Herido? ¿Ofendido?

Cuando el hijo perdido volvió, toda la casa se alegró. Entre tanto el hermano mayor regresó del campo. Al oír la música y las danzas de la fiesta, preguntó qué sucedía; le dijeron que su padre había preparado un festín para celebrar el regreso de su hermano (Lucas 15:25-32). Al enterarse de ello, el hijo mayor se molestó sobremanera. Se sintió desplazado, frustrado, y hasta profundamente herido. ¿Cuál fue su reacción? “Se enojó”. Esta es la primera característica de un alma ofendida.

¿Un enojo justo?

Una reacción así, ¿es totalmente injustificada? ¿No puedo, a veces, indignarme justamente? ¿Estoy obligado a

dejar me tratar de cualquier manera sin reaccionar? Si alguien me ofende, ¿debo aceptarlo sin decir nada?

Este problema está relacionado con otras dos preguntas.

1. ¿Existe una verdadera razón para sentirme ofendido? Y si efectivamente hay tal razón, ¿estoy obrando correctamente al reaccionar como lo hago?
2. A menudo tratamos de descubrir malas intenciones detrás de la actitud o de las palabras de nuestro prójimo, cuando en realidad este no tenía ninguna mala intención. Pero, incluso si se nos hace algún agravio, nuestra reacción debería inspirarse en la pregunta que Pablo formula en 1 Corintios 6:7: “¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?”.

Evidentemente, existen cosas que nos hieren y que pueden hacernos airar justamente. Por ejemplo, todo ataque a la Palabra de Dios y a su autoridad, todo atentado contra la fe de nuestros hermanos y hermanas, todo daño a la vida de comunión en una asamblea cristiana. En tales casos no se trata de nuestro yo herido. Pero, tristemente, a veces se intenta calificar de ira justa una reacción que, en el fondo, no es más que el amor propio herido.

Por consiguiente, en el caso de una ofensa personal, nuestra reacción depende mucho de nuestro estado espiritual. Cuando vemos que uno de nuestros hermanos o hermanas se comporta de manera equivocada o brusca, nuestra tristeza debería provocar en nosotros el deseo de conducirlo a cambiar su actitud. Eso sería una ira justa y una reacción según Dios. Por el contrario, si reavivamos nuestra herida, corremos el riesgo de llegar al estado que se menciona en Proverbios 18:19: “El hermano ofendido es más tenaz (o más difícil de ganar) que una ciudad fuerte”.

Mantenemos nuestro enojo y permanecemos inabordables. Esto puede durar años. Y es muy triste tanto para el creyente afectado como para los que lo rodean, pero sobre todo para el Señor Jesús. No podemos esconder tal estado del alma a quienes nos rodean, y aún menos a Dios. Cada uno de nosotros irradia su personalidad manifestando, sea la paz y el gozo que llenan su corazón, o el descontento y la amargura que lo invaden. ¡Qué tristeza que reflejemos un estado negativo porque estamos heridos!

“No quería entrar”

Esta es una segunda característica del corazón herido: el hermano mayor rehusó entrar en la casa paterna para regocijarse con su hermano y todos los invitados. Se quedó afuera. Prefirió estar solo y aislado. ¿Hemos experimentado esto en algún momento de nuestra vida? Por ejemplo, no querer tener nada que ver con una persona que nos ofendió. O quizá, si en la iglesia local se nos ha herido, hemos pensado dar la espalda a nuestros hermanos y hermanas con la firme intención de no regresar nunca más allí. Obrando así, en lugar de procurar la restauración de unos y otros, solo consideramos nuestra propia reputación.

Pero si nos apartamos de nuestro hermano o hermana, nos apartamos de los miembros del cuerpo de Cristo. Entonces, ¿cómo podremos cultivar una verdadera comunión con la Cabeza de este cuerpo, Jesús, glorificado en el cielo?

“He aquí, tantos años te sirvo”

“Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase” (Lucas 15:28). ¡Nada que hacer! En la reacción del hijo mayor vemos sobresalir el yo. Este hijo se ocupó de sí mismo y consideró que nunca había desobedecido a su padre: “No

habiéndote desobedecido jamás” (v. 29). Puedo estar satisfecho de mí mismo y confiar en mí. Aquí se muestra una tercera característica: el corazón herido está primera e intensamente ocupado de sí mismo. Conocemos muy bien este lenguaje. Por ejemplo: «Obré lo mejor que pude en este asunto y, en el momento en que todo va bien, simplemente me ignoran». Así comenzamos a enumerar todo el bien que hemos hecho y justificamos nuestro enojo.

Pero, ¿lo hemos hecho verdaderamente para el Señor? ¿O también un poco para nuestra propia gloria? Cuando nos ofendemos hasta el punto de tomar la decisión de interrumpir tal o cual servicio, se prueba que estamos muy ocupados de nosotros mismos, y esto es extremadamente malo.

“Nunca me has dado ni un cabrito...”

Aquí vemos una cuarta característica del corazón herido: me siento olvidado, alguien me ha causado un perjuicio. ¡Cuánto puede llegar a lastimarnos este hecho, por ejemplo, cuando no recibimos elogios o muestras de aprobación! Esto sucede sobre todo cuando vemos que otros, que no los merecen, los reciben en abundancia. En la parábola de los obreros a quienes el padre de familia contrató para trabajar en su viña, los que habían trabajado todo el día se molestaron porque recibieron lo mismo que quienes habían trabajado solo una hora (Mateo 20). El Señor expresa magistralmente lo que pasa por nuestro corazón: ¡con qué facilidad pensamos que tal manera de obrar es injusta! Nos ofenderíamos fácilmente si se nos diese tal trato. Pero escuchemos lo que el padre de familia dijo: “Amigo, no te hago agravio... ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque soy bueno?” (v. 13-15).

“... para gozarme con mis amigos”

Al hijo mayor le hubiera gustado mucho tener su propia fiesta. Pero no con su padre, y menos aún con su hermano. Parecía sentirse atraído por otras personas. Quizá siempre había albergado dicha tendencia. En esta ocasión se hizo notar claramente. La quinta característica del hombre herido es menospreciar los vínculos entre los miembros de la familia de Dios. Se acepta de buena gana reconocer los vínculos con los hijos de Dios que nos convienen o agradan, pero no con aquellos que nos incomodan. Esta actitud reviste una buena dosis de egocentrismo. Si centro la atención en mí mismo, no soy espiritual.

¡Qué contraste con Pablo cuando, estando en prisión, animó a muchos hermanos para que propagasen el Evangelio con celo! Algunos se sentían llamados a continuar la obra del apóstol. Otros evangelizaban vanagloriándose de su propia obra. Por mucho tiempo ellos habían vivido a la sombra del gran siervo; ahora, aprovechando su encarcelamiento, al fin podían ocupar la vanguardia en la escena. Pablo, ¿se sintió ofendido? ¿Esperaría que la actividad de ellos no diera resultados? ¿Ya no debería reconocerlos como hermanos u obreros que trabajan en la obra del Señor? No, Pablo se regocijaba porque ellos anunciaban el Evangelio, aun cuando podía discernir que su intención era tomar la delantera en detrimento del apóstol. ¡Qué modelo para nosotros!

“Ha consumido tus bienes con rameras”

¿Cómo lo supo? Quizá simplemente lo supuso. Fijémonos en esto (sexta característica): el corazón herido señala las debilidades y las faltas de la persona que lo ofendió. A veces estas incluso son puestas de relieve de manera exagerada.

¿Se puede hablar aún de amor fraternal? El amor de Dios fue derramado en nuestros corazones. Pero este amor no puede obrar en nosotros si guardamos resentimientos. Solo vemos el daño que hemos sufrido, y a menudo juzgamos injustamente a nuestro hermano. ¡Cuántas veces le imputamos malas intenciones que en realidad no existen! Pensamos lo peor de nuestro hermano, en lugar de suponer lo mejor desde el principio (1 Corintios 13). Incluso si nuestro hermano ha obrado mal hacia nosotros, tratemos de ayudarlo para que sea restaurado.

“Todas mis cosas son tuyas”

El hijo mayor olvidaba su posición. El padre debió recordarle que él era su hijo, su único heredero (el menor ya había obtenido su parte, v. 12). Además, el mayor ya no apreciaba la compañía de su padre. No tenía más conciencia de su cercanía ni de su presencia. Había perdido el sentido de sus privilegios y derechos.

Si vivo con un corazón herido y lleno de compasión por mí mismo, pierdo la conciencia de mi posición y de mis privilegios ante Dios. Todo me resulta igual. Cuando el alma se encuentra en ese estado, no existe más una feliz comunión con el Padre. Perdemos de vista la maravillosa seguridad de que el Padre está siempre con nosotros y nosotros con él. Profundamente ocupados de nosotros mismos, no gozamos más de nuestras inmensas bendiciones. Si nuestra alma permanece en ese estado, nos hacemos daño a nosotros mismos. Sin verdadera comunión con el Padre no nos regocijamos más por el perdón de nuestros pecados; perdemos de vista lo que significa ser un hijo de Dios. Nuestra vida espiritual desciende a un nivel muy bajo. Incluso podemos perjudicar nuestra salud física.

También hacemos daño a nuestros hermanos y hermanas, pues si un miembro sufre, todos los miembros sufren. No somos más una bendición para los demás. Rehusamos su ayuda, permanecemos inabordables, y esto aumenta su preocupación.

Con un corazón herido no damos al Señor Jesús lo que le debemos. No hay más acciones de gracias ni alabanzas, o en tal caso ¡seremos como insoportables notas en falso en el canto de la asamblea cristiana! ¿Cómo recordar aún nuestra vocación de sacerdotes? ¡Qué triste estado para un hijo de Dios!

¿Herido? ¿Ofendido?

Queridos amigos, examinemos a la luz de Dios el estado en que se halla nuestra alma. Vayamos a nuestro hermano y manifestémosle nuestro amor. Si obró mal, tratemos de ayudarlo para su restauración espiritual; no pretendamos restablecer primeramente nuestro propio honor, nuestra propia reputación. ¡Que el Señor nos conceda su poderoso socorro en tal gestión! Su éxito traerá la paz y el gozo al corazón de ese hermano o hermana, como también al nuestro, para el bien de toda la iglesia y para la gloria de nuestro Dios.

(adaptado, del Messenger Evangélique 1992)

PARA TODOS
EB

Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza.
Publicación mensual.

paratodos@ediciones-biblicas.ch

Lea el texto del **calendario “La Buena Semilla”** en la página web <http://labuenasemilla.net>.

Aplicación para móviles con este código o en la página web <http://app.labuenasemilla.net>.

